

Voy a escribir una carta de amor. O a intentarlo...

Lo haré mientras jirones de nubes se descuelgan poco a poco por las laderas de las primeras montañas de la Sierra. Sé que en un rato el viento será más fresco y que quizás las gotas de agua salpicarán la ventana. Ya son dos semanas de aguaceros intermitentes, el verde se extiende poco a poco, abro los postigos mientras puedo e inhalo la brisa que se cuele en la habitación.

Carezco, menos mal, del ímpetu adolescente y he vivido lo necesario para desconfiar del romanticismo y sus ardides. Una carta de amor es siempre una forma de declararse, de poner sobre una mesa de disección sentimientos y principios. Creo, a su vez, que el amor debe de ser tangible, concreto, jamás un mero artefacto retórico o un delirio publicitario. El amor es lo que nos mantiene con vida en mitad de la devastación. Por tanto, hay que rastrearlo y también cultivarlo. Dos actividades que exigen destreza y aprendizaje.

Hablo de amor, hablo de ti.

Esta carta será breve y asumirá también la acepción que tiene la palabra como mapa, como representación gráfica del terreno que pisamos los dos. Comencemos entonces por lo más urgente: desbrozarlo. Quitar la maleza para luego poder encontrar lo que realmente buscamos.

No eres mi vida. No eres mi alma. Desde pequeños nos enseñaron a decir palabras que en el fondo carecen de sentido. O que si lo tienen, es demencial. ¿Cómo vas a ser mi vida o mi alma?, ¿qué podría haber de bueno en ello? Tú eres tú. Yo soy yo. Tu vida es tuya. Mi vida es mía. Y en el tema de las almas mejor ni nos metemos.

Tampoco concibo la idea de que alguna parte de mi cuerpo sea tuya. Y otro tanto sucede en la dirección contraria. No me sirve ni como metáfora. Ninguno de los dos tiene vocación de esclavista. Tu piel es una patria en la que siempre seré un extranjero invitado. Me gusta que sea así. Nunca llegará el momento en el que no tenga que ganarme ese privilegio, nunca dejaré de reinventarme cuando acuda a ti.

El hecho de vivir bajo el mismo techo es algo que los dos hemos decidido libremente. Porque nos gusta, nos apetece y hace que la vida sea más hermosa. Una pequeña épica de lo cotidiano. Nunca tuvimos interés en una lógica que contemplara algún tipo de cadena.

Sin ti sigo siendo yo. Sin mí sigues siendo tú. Si no fuera así estaríamos bailando en el borde de un precipicio. Y no hay nada que celebrar en mitad de esa desesperación.

Te amo porque, como dijo aquel filósofo alemán perseguido, puedo mostrarte toda mi debilidad sin temor a que ejerzas fuerza alguna. No es una suposición, es un hecho por el que ya he transitado. En estos siete años largos me he roto en algunas ocasiones. Cuando vuelva a suceder, espero tener la suerte de que estés cerca.

Deseo esa proximidad. Seguir oliendo tu presencia y cruzándome tus ojos negros en la cocina; darnos calor en este piso sin calefacción; regresar de otra ciudad y encontrar tu abrazo en la puerta; conversar hasta entrada la madrugada como si nos acabáramos de

conocer; ver a las golondrinas alimentar a sus crías en la puerta de las frágiles casas de barro que esconden bajo los aleros del edificio donde vivimos; descansar mi mano en el paisaje de tus crestas iliacas; leernos fragmentos de libros en voz alta; continuar siendo testigo de cómo emergen nuestras respectivas canas. Pero un anhelo jamás podrá ser una exigencia. Sé que entonces se estancaría el agua de la acequia, dejaría de correr libremente y tan solo quedaría esperar la lenta podredumbre, la desazón de los finales escritos de antemano.

Asumo el riesgo y la belleza que conlleva todo lo que está vivo. Desde la brizna de hierba que se abre paso tras los duros meses de frío a ese beso que inaugura nuevos horizontes. Si no hay fragilidad solo queda el simulacro. El ruido de las palabras convertidas en meros andamiajes herrumbrados. Promesas que imitan mercancías expuestas en las pantallas de los televisores. Destellos diseñados por ordenador. Castillos de poliexpán. Soledad. Nuestro miedo más primitivo.

Vivir juntos no es un camino señalizado. Si lo fuera, a estas alturas ya nos habrían invadido el tedio y el hastío. Vamos avanzando lentamente, sin prisas.

Estuvo bien quererse en la gran vía de Madrid y en la gran vía de Granada, entre el rumor del tráfico y la verticalidad de los edificios, pero es mucho más fácil hacerlo en un lugar donde los gatos se arrastran silenciosos cada tarde para ver el sol ponerse sobre la Vega. Me gusta hacer derivas nocturnas de tu mano por este pueblo de calles intrincadas y noches silenciosas. No necesitamos mucho más. Es este un buen lugar desde el que encajar los reverses de la vida y saborear sus treguas. Aterrizamos por casualidad y poco a poco hemos construido un hogar. Ese espacio compartido al que queremos volver cuando marchamos.

El invierno ya se despide. Se llena la tierra roja de pequeñas flores amarillas. Las plantas de las alcachofas van ganando altura semana a semana. Los limones se amontonan en los árboles de los vecinos. Todo está donde tiene que estar.

Te necesito porque te amo, no te amo porque te necesito. Una vez me lo leíste. Lo escribió otro filósofo alemán al que también persiguieron. No tengo más que añadir.

Vuelves del trabajo en media hora. Lluve de nuevo. Escribir estas líneas ha hecho que esté impaciente por verte. Solo por eso ya ha merecido la pena este rato frente al teclado.